



AMOR Y TOQUE DE CLARINES

POR  
Lillian Harvey, Harry Liedtke, etc.

Nº 112

30 cts.



# *La Novela Femenina Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes 7.9. - Barcelona

Año III

N.º 112

## *Amor y toque de clarines*

*Preciosa película basada en un vodevil vienes de HANS STURM, interpretada por las bellísimas artistas LILIAN HARVEY, MARY KID, y el simpático galán HARRY LIEDTKE, entre otros.*

*Producción EICHBERG FILM CON-  
SORCIO EMELKA*

*Exclusiva de E. GONZÁLEZ.-MADRID*

*Representante para Cataluña y Baleares*

### *INTERNACIONAL FILMS*

*Calle Valencia, 292 - Barcelona*





## Amor y toque de clarines

### Argumento de la película

¡Viena! Ciudad de la alegría y los placeres, donde nacieron los más felices amores, que son el grato perfume de tu corazón infantil.

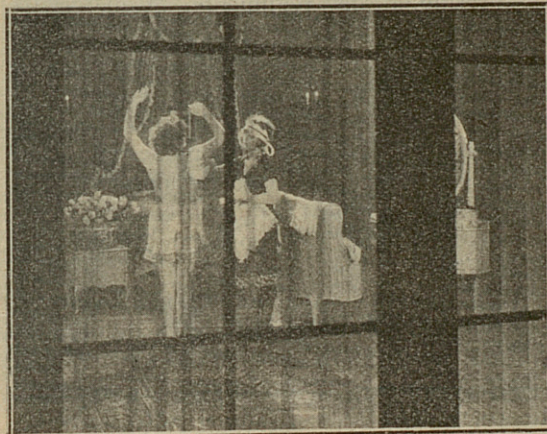
Cuando algún regimiento cruza tus calles con el rítmico paso de sus soldados, marciales y bizarros, con los colores alegres de su llamativo uniforme, y sobre todo con los sonos de los clarines y trompetas que llevan en sus notas la vibración de tu alma vienesa, hacen clamar con entusiasmo:

—¡Viena, Viena! Tú eres la ciudad más encantadora del mundo.

La condesita María Carlota, huérfana, cuya tutoría ejerce su primo el conde Prethel, era la más deliciosa muchacha del gran mundo vienes. Más bien pequeñita, rubia, y con unos chispeantes ojos que ejercían irresistible atrac-

ción. Cimbreadbase, al andar, con tal gracia y donaire, que provocaba los más sabrosos comentarios.

Hacía unos minutos que se había levantado.



*Salía del baño tibio y perfumado, cuando oyó el canto sonoro de los clarines...*

Salía del baño tibio y perfumado, cuando, de pronto, el canto sonoro de los clarines dióle idea que el regimiento del capitán Brisler, de regreso de unas maniobras cruzaba la ancha vía donde se hallaba enclavado su coquetón chalet.



Con precipitación púsose una amplia bata y con ella se asomó al balcón. Era efectivamente el regimiento que había supuesto; pronto distinguió al capitán Alberto, conde de Brisler, que, dicho sea de paso, era el oficial más presumido del regimiento, el mejor jinete y... el capricho de las damas.

La condesita, entusiasmada con la gallardía del apuesto conde, en el momento que éste pasaba debajo de su balcón le tiró una flor y a continuación un hermoso muñeco de trapo, que era su más preciada ilusión. El conde recogió ambas cosas y agradeció con fina sonrisa y atento saludo el presente que se le hacía...

Días después, en uno de los amplios coliseos de la capital dábese una fiesta militar, en honor al jefe del ejército, S. E. el Archiduque. La condesa María Carlota, invitada por éste, asistió a la fiesta. Desde el palco de S. E. divisó al capitán Brisler, que, rodeado por varias señoritas, parecía el más feliz de los mortales.

Preguntó al archiduque.

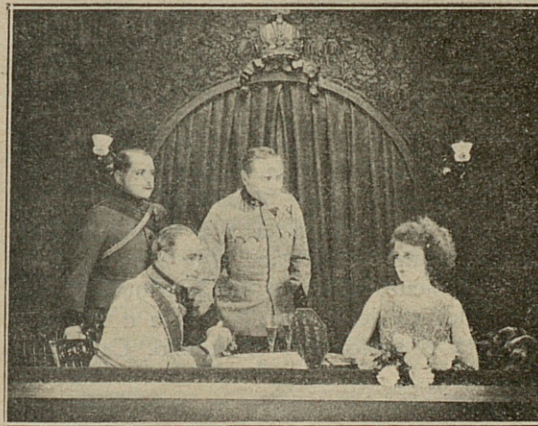
—Es el capitán Brisler, ¿verdad?

—Sí, es el capitán "bibelot". Lo llamo así porque se lo rifan las damas...

—Tendría interés en conocerlo personalmente... ¿Por qué no me lo presenta usted?

Sin esperar a que insinuación tan directa

se repitiera, S. E. hizo llamar al capitán Brisler para hacer la presentación. Volvióse, después de ésta, a su antigua ocupación de hacer pasar agradable el rato a sus amiguitas.



*Su Excelencia hizo llamar al capitán Brisler para hacer la presentación a la condesita Carlota.*

Carlota salió también del palco, pero con la intención de bailar con el capitán, lo cual no fué para ella muy difícil de conseguir, pues las damas todas poseen para estas cosas un ingenio sin igual.



Brisler bailaba con Carlota, pero su atención estaba concentrada en un palco donde una mujer de deslumbradora belleza atraía todas las miradas. Esta mujer era Josefina de Portony, coqueta y sensual.

Era la más admirada amiga del archiduque y su más secreto amor. Ahora mismo éste le había enviado una lacónica carta sin firma, que decía así:

*Me despido a la francesa... porque en otro idioma se enteraría todo el mundo. Te espero dentro de una hora, donde sabes.*

Josefina leía esta carta y a la vez miraba picarescamente al capitán. Este empezaba ya a estar violento bailando con Carlota, y para ver de desprenderse de ella la iba a acompañar hasta el palco. Por el camino, Carlota le dijo:

—Señor Brisler... ¿No se acuerda usted de mí?

—¡Cómo olvidarla! Usted es la que me lanzó el muñeco y una flor, que conservo como el tesoro de más valor, y el recuerdo más inolvidable.

Fué pura galantería, pues su pensamiento estaba junto a Josefina. La ingenua Carlota creyó por el acento con que fueron pronunciadas estas palabras que el más acendrado amor las había dictado, y contestó:

—¡Perdóneme! Las mujeres vienesas so-

mos tan patrióticas, que a veces no sabemos lo que hacemos.

Y mientras hablaba, sintiendo el cálido contacto del hombre amado, recostó su cabecita deliciosa sobre el pecho de éste.

El capitán pasaba un mal rato, pues, acostumbrado ya a estas escenas, sabía que debía cumplir como un verdadero enamorado, pero deseaba de todo corazón que ésto acabase para ir al lado de Josefina.

Acertó a pasar por allí, en aquel momento, el conde de Prethel, primo y tutor de la muchacha, quien al ver el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, pues parecía que el capitán abrazaba a su prima, exclamó severo:

—¡Carlota!!

Esta, al ver a su primo marchó corriendo, asustada. El conde de Prethel se dirigió en tono enérgica a su compañero de armas.

—Capitán, después de lo ocurrido espero que su caballerosidad sabrá reparar el agravio inferido a mi prima Carlota.

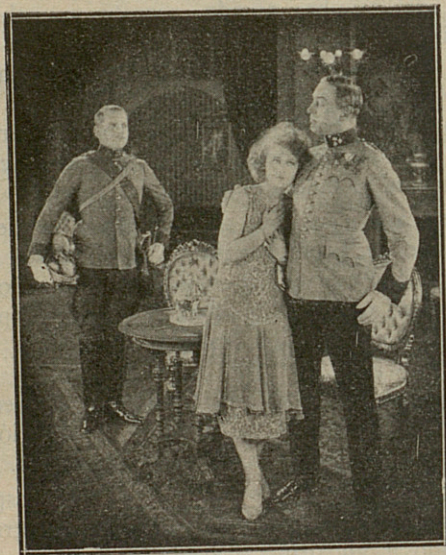
—Pero, ¿de qué me habla? ¿Qué ha ocurrido aquí?

El conde de Prethel no le oyó; había pronunciado aquellas palabras, saludó marcialmente y se fué.

No se inmutó mucho por esto el capitán. Se fué al palco de Josefina, y ésta, sonrien-



do, le entregó la carta que momentos antes recibiera del archiduque.



*El conde de Prethel, al ver el espectáculo que se ofrecía a sus ojos exclamó severo: ¡¡Carlota!!*

Creyendo que era una carta que Josefina había escrito para él, tomó su pluma y puso debajo estas dos palabras:

*Descuida. Iré.*

No había terminado el baile, cuando Josefina estaba en su casa haciendo honor a lo escrito. Momentos después llegaba el capitán Brisler, y en su estrecho abrazo sellaron el pacto de amor... para aquella noche.

Interrumpiéndolos el timbre del teléfono. Llamaba el archiduque. Hacía cerca de una hora que en un elegante restorán de noche estaba esperando a Josefina.

Josefina se excusó como pudo.

—Perdóname que no haya acudido. He venido a casa con una jaqueca atroz.

—...

—¿No me notas que estoy muy ronca?

—...

—Hoy no salgo, no. Voy a descansar... ¡Hasta mañana! — y colgó el auricular.

Su Excelencia se enfadó con su amiga, pero interiormente le perdonó en gracia a los deliciosos momentos que con ella pasara.



Instigado por su ayudante el conde de Prethel, el archiduque mandó que el capitán Brisler acudiese a su despacho.



—Le he llamado para decirle que dada la ligera conducta observada por usted con la condesa María Carlota, sólo tiene un arreglo... el que corresponde a su caballería.

El capitán contestó que estaba dispuesto a cumplir con lo que S. E. le mandara.

—Entonces, ¿puedo llamar al conde de Prethel?...

Minutos después se personaba éste, y el capitán Brisler, ceremoniosamente, dijo:

—Señor conde... pido a usted la mano de su prima la señorita María Carlota.

De esta conversación salieron bien concretos todos los detalles de la boda entre el capitán y María Carlota, la que celebróse dignamente algunos días después.

Aquel mismo día el teniente Carlos Edler, primo del conde de Brisler, se lamentaba con éste del siguiente modo, ante una orden de traslado que había recibido:

—¡Estamos de desgracia! A mí me mandan al fuerte de Pindurk por mirar demasiado a Josefina, sin duda alguna; y a ti, por la misma causa, te han *mandado* al matrimonio.

—Sí; por lo que veo nos vamos a divertir los dos.

Después de la boda, el momento más intenso de la felicidad matrimonial nadie puede negar que es cuando las sombras de la noche invaden todo lo creado.

Así lo creía Carlota, cuando, dichosa, después de aquel día de tanto ajeteo y felicitaciones tantas, se retiró a sus habitaciones esperando ver entrar a su fogoso maridito. Pero pasaba el tiempo y éste no acudía. Se decidió a llamar a la criada, y al preguntar por su esposo ésta le respondió:

—El señor conde se marchó de casa hace una media hora.

—¡No me lo explico! A no ser que le hayan avisado para una guardia...

Y al convencerse la infortunada del abandono de su marido, pensó en la remota semejanza que refiere el refrán al decir: "el hombre y el oso...".

En el Casino Militar, a donde se encaminó el conde de Brisler cuando salió de su casa, se encontró, sentada en mullido sillón, ante un velador, a la hermosa Josefina. No reparó que al otro lado una copita de Kummei revelaba que allí debía hallarse momentos antes otra persona. Nada menos que el archiduque hallábase en compañía de Josefina; sólo que le habían llamado por teléfono y hubo de dejarla sola un momento.

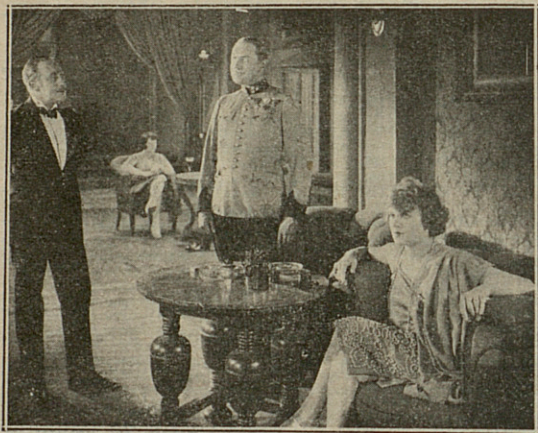
Mientras más entusiasmado se hallaba el capitán con la locuaz amigueta, compareció S. E., quien exclamó:

—¡Capitán! Pero, ¿es posible que esté aquí hoy, la noche de su boda?



—Señor archiduque; usted ha podido obligarme a que me case, pero no a que quiera a mi mujer.

—¡Muy bien! Pero ahora un arresto de



---Pero, ¿es posible que esté aquí, hoy, la noche de su boda?

ocho días en su casa le obligará a simpatizar con su mujercita... Así es que ya lo sabe... Buenas noches, señor capitán.

Con una reverencia y con tan buenos modales obligó el archiduque al capitán Brisler

a retirarse aquella noche inmediatamente a su casa.

El arresto que se impuso al conde le sentó maravillosamente. Todos los días y alguna que otra noche, los aprovechaba en paseos y excursiones, con la agradable compañía de Josefina, que no había querido que su niño mimado pasara horas de tedio y de aburrimiento.

Una espléndida mañana de sol se fueron a orillas del histórico Danubio, y tomaron un vaporcito que debía conducirles a un rincón precioso, donde idearon comer juntos. El vaporcito iba llenándose cada vez más de pasajeros. De pronto, una exclamación de Josefina, hízole fijarse en que acababa de subir a bordo el archiduque.

El conde iba de paisano, y contando con que vuelto de espaldas no sería reconocido, dió media vuelta y púsose a mirar los peces del río.

Se acercó sonriente S. E., el cual se dió cuenta perfecta de la maniobra del conde.

—¡Qué sorpresa tan... agradable, señor archiduque! — exclamó Josefina, intentando desviarle la atención.

Este la saludó ceremoniosamente, y luego, púsose un pitillo en la boca, y comenzó a buscar en sus bolsillos, como si no llevara cerillas. Se levantó y se dirigió a aquel señor



que parecía abstraído en la contemplación del azul del cielo, diciéndole:

—¿Me hace el favor de darme una cerilla, caballero?

Cuando vió que era el conde, simulando sorpresa por el encuentro, le reprendió:

—Muy bien; pero esto no es el arresto en su propia casa, precisamente.

—Señor archiduque...

—A esta cabeza de chorlito que tiene he de hacerla pensar. Una deportación a un lugar reducido y vigilado será el remedio.

Volvió al lado de Josefina, mientras el conde, corrido por la escena, saludó y se dirigió a su casa, a cumplir con el arresto, y esta vez con pocas ganas de volver a quebrantarlo.

Entretanto el archiduque le decía a Josefina:

—Decididamente le mando al fuerte de Pindurk, y después le envío a su mujer, y a fuerza de aburrirse tendrá que quererla.

\*  
\*\*

El castillo de Pindurk, lugar donde el archiduque confiaba que Alberto amase a su mujer, hallábase enclavado en las afueras de la lindísima población del mismo nombre. Por

su naturaleza era un lugar solitario, más aún por los oficiales de la guarnición, cuya consigna era severísima, especialmente en lo que a permisos para el exterior se refería.

Al fuerte llegó de incógnito el archiduque con un mensaje que no era un secreto. El comandante Dun Dun, jefe del destacamento, esperaba la ocasión en que pudiera mostrar sus aptitudes para la guerra y sus méritos para el ascenso. Cuando oyó los términos en que se expresaba el archiduque, su cara se iluminó.

—Traigo una misión delicada que confiarle. Tan pronto venga el capitán Brisler, aparecerá como por sorpresa su deliciosa mujercita...

—Comprendido... Mandaré arreglar el cuarto de la torre, para tocador de señora.

—Pues, al grano. El capitán Brisler estará aquí hasta que ame a su *costilla*, o hasta que se muera...

—¡Entendido! El capitán viene aquí para *amar a toque de clarines*, ¿no es eso?

—Comandante, es usted un lince. Si logra el triunfo cuente con mi protección.

Antes de partir, S. E. hizo un regalito al comandante del fuerte, con el encargo de que hiciera de él el uso oportuno. Eran tres cajas de champaña y unas botellas de licores diversos.



Aquel mismo día Josefina de Portony, ataviada sencillamente, y aprovechándose de la doble circunstancia de un anuncio que había puesto Carlota, y de no ser conocida por ésta, se presentó en casa del capitán solicitando la plaza de camarera. Creía con fundamento que sólo de este modo podría aproximarse al fuerte en el que quedaba sumido su amor.

Carlota la examinó de pies a cabeza, enteróse del libro de servicios que la fingida camarera llevaba, y la dijo:

—Estoy conforme con sus servicios. Mañana saldré a unirme con mi marido, que ha sido destinado a un fuerte. Pero es preciso que usted salga hoy para preparar mi estancia.

Ya puestas de acuerdo, quedó concertada la salida de la camarera para aquella misma noche.

En el castillo, el comandante Dun Dun esperaba al capitán, provisto de la batería de más certeros disparos, y dispuesto a ganarle la batalla, o sea a que quisiera a su mujer.

Con el teniente Carlos Edler, el primo de Brisler, se encerraron en el cuarto de la oficialidad, y empezaron a apurar copas del rico champaña que les había regalado el archiduque. La atmósfera se hizo para ambos insostenible, y el comandante despojóse de la guerrera.

Por fin llegó el capitán Brisler. Entró don-

de se hallaba su primo, bebiendo, en amigable camaradería con el "otro", que no sabía fuera su jefe, y saludando con aquel desparpajo tan suyo, pidió:

—¿Y el comandante? ¿Dónde está?

—El señor comandante... — dijo su primo.

Pero él no le dejó terminar, pues continuó, dirigiéndose al "otro".

—Usted será un compañero de fatigas. ¿verdad? ¿Pues ya veo cómo ahoga las penas!

—Brisler, te advierto que el señor... — dijo nuevamente su primo.

—El señor es un camarada descendiente directo de Noé — comentó jocosamente Brisler.

El comandante hizo señas a Carlos Edler para que no le descubriera, y así poder conocer más a fondo a Brisler. Este continuó.

—Yo estoy aquí como ave en corral ajeno. Pero, les aseguro que al primer descuido del comandante, me voy de nuevo a Viena.

—En su caso no le diría esto al comandante.

—Naturalmente. ¿Se cree usted que soy tonto?

—No; pero tampoco el comandante lo es.

—Todo se andará. Acabaré volviéndole tarumba.

Así continuaron bebiendo y bromeando hasta cerca de la hora de comer, en que Brisler pidió a su primo que le presentara al comandante.

Pusieron las guerreras para cumplir con la



ceremonia, y el capitán quedó de una pieza cuando vió que el "otro" con quien gastara tantas franquezas era precisamente su superior. Intentó excusarse, pero el comandante le alargó la mano en señal de amistad y con objeto de evitarle un momento de angustia.

Poco después, el jefe y los dos oficiales, en franca camaradería renovaban las horas de buen humor y jolgorio.

La fingida camarera de María Carlota llegó al destierro. Venía en un soberbio automóvil, repleto hasta los tópes de maletas y cajas de sombreros. El centinela de la fortaleza la pidió el pasaporte, y ella, con mucho desenfado exhibió un papel que decía así:

"BRAHAM Y CO."

*Modas*

*Viena*

*Excmo. Sr. Archiduque*

*"Por un traje de fantasía de la señorita  
Josefina Portony ... .. 1.800 coronas*

Una factura. El centinela celoso no comprendió lo que aquello significaba, pero bastóle leer el nombre del archiduque, para que dejara el paso franco a Josefina.

Avisado el comandante, salió a recibir a la señora.

Deshízose en cumplidos, cuando ésta le dijo:

—Desearía saludar al conde de Brisler.

—Pase, señora; su marido la espera con verdadera impaciencia — contestó, convencido de que la elegante dama era la legítima esposa del capitán.

No dejó de sorprender la contestación a Josefina; pero creída que era un truco que se traía su amiguito, se propuso interiormente no desbaratarle los planes.

Entró primero el comandante, y díjole a Alberto:

—Señor capitán, acaba de llegar su esposa; y por amabilidad de Su Excelencia, le será permitido acompañarle durante el destierro.

Brisler se enfadó consigo mismo y con el archiduque, que de tal modo le imponía la mujer. Pero su sorpresa fué mucho mayor cuando vió que quien penetraba en el aposento no era su esposa, sino su amada Josefina. Esta exclamó con efusión:

—¡Alberto mío!

Quedó como atontado; no sabía cómo responder, hasta que el propio comandante le sacó del apuro, diciéndole:

—Encuentro su saludo muy poco efusivo; ¡no es un saludo en pie de guerra!

Pareció despertar y echando la capa al toro se lanzó en brazos de Josefina, estrechándola fuertemente y besuqueándola los labios y los ojos y las mejillas...



El comandante les volvió la espalda y satisfecho dirigióse a Carlos Edler, diciendo:

—¡Vamos! Sinceramente, ¿qué le parece a usted mi diplomacia?

—¿Que qué me parece? Pues digna de la Sociedad de las Naciones — contestó el interpelado, sonriendo burlescamente, ya que conocía el verdadero estado de los que se abrazaban.

\*  
\*\*

La prolongada ausencia de Josefina Portony, llevó a su casa al archiduque. Preguntó a la camarera, con verdadero interés, por su señora, y sólo recibió por contestación alguna evasiva. Apeló al recurso de los billetes, y con esto pudo sacar algo en claro. La doncella, mientras guardaba cuidadosamente en su pecho los papeles de colores que recibiera, le dijo:

—Ha entrado como camarera de la condesa María Carlota y estará seguramente con ella.

Comprendió el archiduque la trama que había urdido su amigueta Josefina, y sin pérdida de momento redactó un telegrama enérgico y conciso, para el comandante Dun Dun.

*Expulse inmediatamente supuesta camarera que llegará ésa. Yo mandaré la legítima.*

*El archiduque*

Luego, se ocupó él en persona de la camarera que debía ir al fuerte para el servicio de María Carlota. Eligió, de entre las que se le presentaron, a la señorita Prudencia, decana del Club de Solteras, y por su traza y su facha, y sus años, la mejor inspiradora de la virtud.

En el fuerte, Carlos Edler, que había admirado siempre a Josefina, aprovechando un momento en que los dos estaban solos la dijo:

—Sospecho, Josefina, que usted ha venido siguiendo al capitán Brisler.

—No sea usted tonto... ¿Por qué duda? Sólo le quiero a usted.

Y cogiéndole la cara con sus lindas y jugetonas manos, le besó en la boca. Carlos, al principio extrañóse, pero luego, repuesto de la primera impresión, fué él quien se hizo acariciar por la mujer que siempre había adorado.

En aquel momento entró el comandante y vió a Josefina como tenía entre sus brazos a un hombre, que, sin duda alguna, sería su marido, y, para no estorbar el idilio, se marchó, satisfecho de su táctica y murmurando entre dientes:



—Esto marcha admirablemente.

En aquel momento un soldado anunciaba a Alberto que una señorita guapa, joven y rubia, preguntaba por él. Entonces vió Brisler el "lío" en que se había metido por culpa de la veleidosa Josefina, y contestó al soldado:

—Será la camarera de la señora. Avisaselo al comandante para que se haga cargo.

Salió luego a recibir a su verdadera esposa, tomándola en sus brazos, enternecido. Ya dispuesto a sincerarse con ella, le dijo:

—¿Sabes por qué me marché la noche de casarnos?

—Seguramente porque te llamaron para una guardia urgente.

—No, Carlota, no...

—O tal vez porque tuviste miedo como yo.

—Carlota... Cuanto ha sucedido ha sido un sueño del que acabo de despertar.

La besó con pasión, por primera vez desde que eran casados.

—¡Ahora sí que soy dichoso! ¡Tan cerca como tenía la felicidad, y no lo había visto...!

Luego añadió:

—María Carlota, perdón... ¡Eres demasiado buena para un hombre que ha amado mucho!

—Eso no es pecado. Dios manda que nos amemos los unos a los otros.

—Entonces — arguyó Alberto —, yo lo he

cumplido de un modo que debo estar en el catálogo de los sanos.

El idilio fué truncado por algunos soldados de la guarnición mandados por el comandante. La llegada del telegrama del archiduque en el que decía al comandante despidiera inmediatamente a la camarera, coincidió con el aviso que le daba el ordenanza de la guardia de que ésta había ya llegado. Y creyendo cumplir con su obligación, el comandante ordenó a sus subordinados con tono enérgico:

—¡Al coche con ella, y que se vaya con viento fresco!

Y los soldados, fieles cumplidores siempre, truncaron el idilio naciente de Brisler y su esposa, llevándose a ésta, sin hacer caso de sus protestas, hasta el coche que debía conducirla a la ciudad.

A los pocos minutos llegó la auténtica camarera, la fea, el estafermo, como si dijéramos. Cuando se lo anunciaron al comandante, estaba presente Brisler que había ido a poner las cosas en claro. Pero hombre ingenioso, al saber la noticia trazó un plan. Cuando entró la nueva camarera, echóse en sus brazos, mientras clamaba a viva voz:

—¿Tú aquí, amor mío? Ven a mis brazos.

La señorita Prudencia se rebeló. Aquel hombre era para ella desconocido totalmente, y la



daba un abrazo, y la iba a besar... Alberto continuó:

—No disimules, querida... ¡Aquí todos conocen nuestro querer y se hallan dispuestos a proteger nuestra pasión!

El comandante se exaltó. Y antes de que la señorita Prudencia pudiera contestar una sola palabra, clamó furioso, haciendo sentir el imperativo de su autoridad:

—¡Esta es la impostora! ¡Llévensela inmediatamente! Y que vuelva la otra...

La señorita Prudencia fué arrojada del fuerte como un fardo; y detenido el coche que iba a llevarse a Carlota, hicieron penetrar a ésta nuevamente en la fortaleza.

Y el comandante, satisfecho una vez más de la exactitud con que cumplía con las órdenes que recibía de su superior jerárquico, sonreía y se frotaba las manos de gusto.

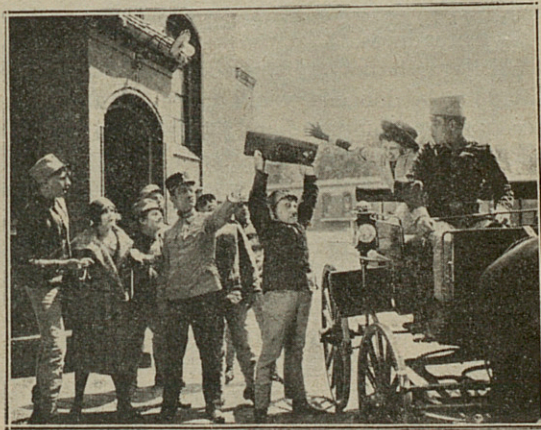
La que para él era la doncellita, o sea Carlota, le pareció un primor, y no quiso confiársela a nadie, por lo que él mismo la acompañó al cuarto que la había destinado.

Carlota estaba desorientada. Menos mal que vino a sacarla de apuros su doncella Josefina, la cual al enterarse de lo que acababa de ocurrirle, la tranquilizó, diciendo:

—No haga caso y cálese; el comandante no está bien de la cabeza. Trata a las mujeres como si fueran quintos.

Entretanto Alberto trató con su primo de la situación en que se encontraba, algo violenta y bastante peligrosa.

—Verás, yo quiero a mi mujercita ¡Es tan



*La señorita Prudencia fué arrojada del fuerte como un fardo.*

buena! Y tengo ideado el medio de marcharme esta noche del castillo con ella.

—Pero, ¿a cuál llamas tu mujercita?

—A la auténtica, a la que le leyeron la epístola estando yo presente... ocúpate tú de Josefina. Te dejo el campo libre.



—La cosa no me desagrada.

—Para la mejor marcha de mi plan, tú tienes que dormir esta noche en mi cuarto, fingiendo mi personalidad. Temo que al comandante se le ocurra hacer una inspección, y entonces...

—Entendidos.

Al llegar la noche, Alberto fué al cuarto destinado a la doncella y allí encontró a su mujer que, no comprendiendo todavía lo que allí sucedía, estaba hecha un mar de lágrimas.

Unos abrazos y unos mimos, y luego unas palabras que parecían un lamento.

—Alberto, ¿cuándo terminará todo esto?

—Esta noche mismo. Y, además, quiero tengas una habitación digna de ti.

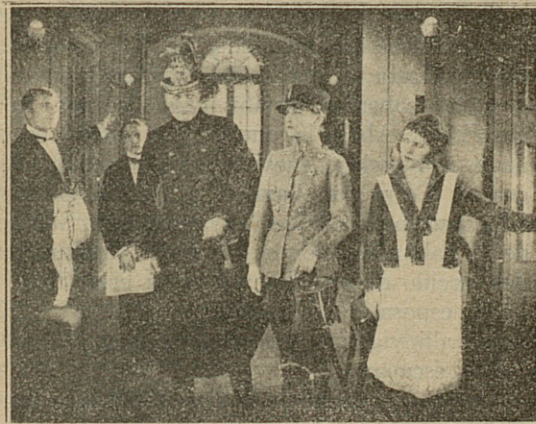
La entregó un uniforme de oficial para que se lo pusiera. Ella quedó extrañada.

—No hay otro remedio. Es necesario que te vistas de uniforme para salir de aquí.

Cumplió Carlota lo que su esposo la decía, y media hora después dos oficiales, bien embozados con el capote, salían del fuerte sin que los centinelas opusieran por su parte el menor inconveniente. En la próxima población de Pindurk fueron a hospedarse en el mejor hotel, pidiendo dos habitaciones separadas, y luego... naturalmente, Brisler se trasladó a la del otro oficial, que, como sabemos, era su esposa.

En el fuerte ocurrían aquella hora cosas

muy notables. El comandante, en su deseo de que el capitán Brisler amara a su esposa "a toque de clarines", hizo lo siguiente:



*Los dos oficiales, en el hotel, pidieron dos habitaciones separadas.*

Llamó en la habitación de Josefina, con unos golpes suaves. Abrió ésta la puerta y la dijo:

—Todo el mundo duerme... Hágase usted cuenta de que soy su madre.

Añadió para sí:

—He de lograr que se amen para siempre.



¡Yo me gano el ascenso por méritos de guerra!

Luego continuó en voz alta:

—Señora... su aposento es el que ocupa su maridito...

Y tomándola delicadamente de la mano, la acompañó hasta el cuarto del capitán Brisler, que, como sabemos, estaba ocupado por su primo Edler. Abrió la puerta, que estaba entornada, e introdujo suavemente a Josefina en el cuarto. Cerró con llave y la guardó en su bolsillo. Luego arrastró un diván hasta la puerta de la habitación donde quedaban Josefina y Carlos, creído de que quienes había eran Brisler y su esposa, y se tumbó.

Desde allí vigilaría en persona, y el pájaro no se le escaparía.

—Ahora el archiduque celebrará mi talento, y puede que sobre el ascenso me conceda una medallita.

Y se durmió tranquilo y confiado.

Carlos Edler, cuando vió que se abría la puerta de su habitación con tanto sigilo, observó extrañado, pero se alegró infinito cuando vió que penetraba Josefina, la amada de su corazón. Se enzarzaron en un fuerte abrazo, pero...

Un soldado que al toque de retreta se hallaba fuera de la fortaleza, temeroso del castigo que se le impondría por llegar tarde, bus-

có el medio de introducirse en ella sin ser visto. Con la ayuda de una escalera saltó por una ventana, que dió la casualidad fuera la del cuarto de Brisler. Como al hacer la contracción para saltar al interior, diera un empujón a la escalera, ésta cayó pesadamente al suelo. Cuando vió donde se había metido, intentó marchar, pero él mismo se había cortado la retirada, y hubo de esconderse detrás de un biombo. Desde allí presenció la escena de los dos enamorados y sin darse cuenta y en un momento de ofuscación, derribó el biombo que le servía de escondite.

Dió toda clase de explicaciones al teniente Edler. Este le perdonó, obligándole a que saliera de la habitación; pero, ¡oh, sorpresa! ésta estaba cerrada por fuera y además celosamente guardada por el comandante.

Y así fué cómo se truncó aquel nuevo idilio de Josefina y de Carlos, pues ellos dos y el soldado hubieron de pasar aquella noche juntos en la habitación.

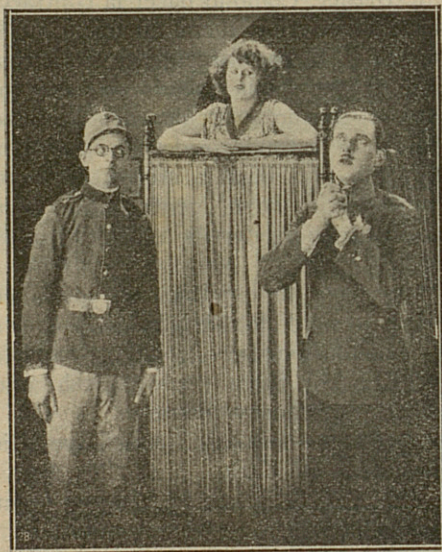
A la mañana siguiente el fuerte parecía un manicomio, del que era el mayor demente el comandante. El capitán Brisler habíase fugado, según Dun Dun, con la camarera. A todo esto acababa de recibir un telegrama del archiduque, que decía escuetamente:

*Antes del mediodía llegaré a ésa.*

—¡El capitán!... ¡La camarera!... ¡Han



huído juntos! Y dentro de poco el archiduque estará aquí! ¡Dun Dun, vas a ascender, pero va a ser de una patada!



*Y la presencia de aquel soldado truncó el nuevo idilio de Josefina y de Carlos.*

Estas frases al parecer incoherentes denotaban el estado de ánimo del comandante.

Como no podían hallarse muy lejos, salió con la fuerza disponible a dar una visita ge-

neral a las fondas del pueblo. Cuando dió con la en que se hospedaba Brisler, y le contestaron afirmativamente a la pregunta de que se hospedaba allí un capitán de caballería, subió inmediatamente al cuarto que le indicaron, con el propósito de emplear toda su energía.

Se llevó aparte al capitán y le reprendió:

—¿No le da a usted vergüenza? ¡Una camarera!...

Entretanto Josefina descubriase ante Carlos y la felicitaba por el triunfo que acababa de obtener, logrando enamorar a su esposo.

En aquellos momentos llegó, conforme había anunciado en su telegrama, el archiduque y a la voz de:

—¡El archiduque ha llegado!  
el comandante Dun Dun salió inmediatamente a recibirle.

Fuera de la posada encontráronse el archiduque y Dun Dun, y mientras hacíanse los saludos de rigor, fueron apareciendo por parejas a la puerta de la posada Carlota y Brisler, y Josefina y Carlos...

Dun Dun quedó blanco, y aun comprendió menos cuando oyó que el archiduque le decía afectuosamente:

—Le doy mi enhorabuena sincera. Al fin la oveja fué al redil. Cuento usted con una estrella más.



—Enonces, ¿la camarera es ésta? — dijo señalando a Josefina.

—Sí, señor comandante, pero desde hoy va a entrar a mi exclusivo servicio.

Luego Su Excelencia se dirigió a Brisler y le dijo:

—Le felicito, capitán... y me felicito.

Hizo pareja a su vez con Josefina, y las dos parejas desaparecieron de la vista de la multitud, mientras ésta exclamaba llena de entusiasmo:

—¡Vivan los novios!

Y el pobre Carlos, corrido, quedaba compuesto y sin novia.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
JOSEPH SCHILDKRAUT

PRÓXIMO NÚMERO:

### **JUGADA EN FALSO**

Por William Desmond y Helen Holmes

Postal-obsequio: LILLIAN RICH

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio: 30 cts.

LEA USTED

### **EL CIRCO DEL DIABLO**

Por Norma Shearer

Los Grandes Films

de La Novela Semanal Cinematográfica



012 NFL (112)

## *A los Lectores*

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## *A los Corresponsales*

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona